

los sucesos y vicisitudes narradas por la Historia; ó en otros términos, si á la filosofía de la Historia se la considera en el sentido de razón última de los acontecimientos históricos, aunque esta razón sea conocida principalmente por la luz de la fe, y según que se ve admirablemente explicada por SAN AGUSTÍN y por BOSSUET, no hay duda sino que se da una filosofía, ó mejor dicho, una teología de la Historia, la cual descubre en ella “un orden constante en los designios de Dios y una señal visible de su poder en la dirección perpetua de su pueblo,”¹ “¡Qué consuelo el de los hijos de Dios!—dice también el célebre autor del *Discurso sobre la historia universal*,—¡y qué convicción de la verdad penetra en su espíritu cuando ven que desde INOCENCIO XI, que tan dignamente ocupa hoy la primera Silla de la Iglesia, se va subiendo sin solución alguna de continuidad hasta llegar á SAN PEDRO, constituido por Jesucristo en Príncipe de los Apóstoles; y que desde allí, subiendo por los Pontífices que han servido debajo de la ley, se llega hasta Aarón y Moisés, y desde allí hasta los patriarcas y hasta el origen del mundo! ¡Qué continuación, qué tradición, qué maravilloso encadenamiento²!,” “Cuatro ó cinco hechos auténticos y más claros que la luz del sol, nos hacen ver que nuestra Religión es tan antigua como el mundo, y, por tanto, que su autor es aquel mismo Señor que ha criado el universo, y que, teniendo á todas las cosas en sus manos, es quien únicamente ha podido dar principio y dirigir la ejecución de un plan que comprende á todos los siglos³.”

Con harta razón ha dicho nuestro BALMES que la Religión es la verdadera filosofía de la Historia. “Considerada, dice, la Humanidad desde el punto de vista en que nos coloca la Religión, vemos un magnífico conjunto con todas sus partes, con todas sus relaciones, con todos sus honores y bellezas; en ella todo viene del Cielo y va á parar al Cielo; el bien dimana de la

¹ *Discours sur l'hist. universelle*, parte II, cap. XXI.

² *Discours sur l'hist. universelle*.

³ *Ibid.*

misericordia infinita; los sufrimientos son castigos; la ignorancia es la pena que ha seguido al orgullo del saber; la muerte es el resultado de haber querido el hombre ser igual á Dios, y la vida, llena de afanes, de trabajos y miserias, es el fruto de haber tenido en poco otra vida sosegada, placentera, feliz, encantada con los hechizos de la inocencia. Los desgraciados que carecen de estas luces ó se obstinan en despreciarlas, no ven en el hombre otra cosa que un ser que lucha incesantemente consigo mismo, lleno de necesidades que no puede satisfacer, de pasiones que no le es dable saciar, de caprichos que no le es permitido contentar, ansioso de saber y sumido en la ignorancia, sediento de felicidad y abrumado de desdichas; por esto claman como insensatos contra la sociedad entera, blasfeman contra la bondad divina ó le atribuyen falsos designios; viven en las tinieblas del error en todos sentidos; divagan por espacios imaginarios; andan de continuo tras mentidas sombras que se les desvanecen como humo en el momento de estrecharlas en sus brazos, y no alcanzan otro resultado de sus trabajos que las estériles satisfacciones de la vanidad y del orgullo¹.”

VIII

Es tan grave el tema que acabo de exponer y ha sido envuelto en sombras tan densas por la filosofía contemporánea, que todavía espero me perdone el lector que procure esclarecerlo más ante sus ojos, ora resumiendo los conceptos que acabo de explicar, ora añadiendo juicios y reflexiones que acaso no carezcan de verdadero interés.

Para juzgar rectamente del valor, rango y dignidad de la Historia, es preciso considerarla, bien como historia propiamente dicha, ó según que son explicados los hechos que refiere por principios tomados, ora de los sistemas que ponen por fundamento de ella el postulado del progreso, ora de la Reli-

¹ *La Sociedad*, art. 1.º sobre el socialismo.

gión cristiana servida de la verdadera Filosofía, conforme al método de SAN AGUSTÍN y de BOSSUET.

Considerada la Historia según que es la fiel narración de los hechos de la vida humana, incluso los de orden sobrenatural, narrados sencillamente ó referidos cuando más á sus causas próximas, es ya sin duda alguna espejo de la verdad, es maestra de la vida ¹. De ella decía nuestro VIVES que á los jóvenes les hace viejos ². Entre los antiguos, el oficio de historiador estaba encomendado al Pontífice máximo, según refiere CICERÓN; y á Moisés el mismo Dios le dió el encargo de escribir la del origen del mundo, recomendándole que se conservase viva la memoria de los grandes portentos y de las cosas ya descritas ³. Léese además en el sagrado texto este magnífico elogio de la Historia: *Quid est quod fuit? ipsum quod futurum est; quid est quod tantum est? ipsum quod faciendum est* ⁴.

BOSSUET comenzó su admirable *Discurso sobre la historia universal* diciendo que aun cuando la Historia no les aprovechara á los demás hombres, todavía debieran leerla los Príncipes para conocer por ella el influjo de las pasiones y del humano interés, la variedad de los tiempos, especialmente de aquellos en que conviene obrar, y cuáles son los consejos buenos y los malos. "Con el auxilio de la Historia, decían, forman los Príncipes su juicio acerca de los sucesos ya pasados; y cuando ven cómo salen á la luz en ella hasta los vicios más ocultos de los Príncipes, no obstante las falsas alabanzas que reciben en vida, se avergüenzan de la vana alegría que les causa la lisonja, y entienden que la verdadera gloria sólo va unida con el mérito."

"Ninguno será jamás hombre de Estado, discreto y prudente, ha dicho un insigne diplomático ⁵, que no busque en el

¹ "Historia testis temporum, lux veritatis, vita memoriae, magistra vitae, nuntia vetustatis." (CICERÓN, *De orat.*, II, 55, 15.)

² "Historia si adsit, et pueris facit senes; sin absit, et senibus pueros." (Ap., SOLARO DE LA MARGARITA, *L'uomo di Stato*.)

³ Docebis ea filios ac nepotes tuos. (Deut., IV, 9.)

⁴ Eccl., I, 9.

⁵ El Conde SOLARO DE LA MARGARITA, *L'uomo di Stato*, lib. I, cap. IX.

estudio de los hechos acaecidos en los tiempos pasados luz para conocer qué cosas deben imitarse y cuáles huirse, según las circunstancias, las necesidades de la época en que se vive y las pasiones de los súbditos...; en la Historia se aprende á no presumir de las propias fuerzas, á no engreirse á causa del talento, á no tener por cosa durable el esplendor de las altas dignidades; se aprende á estimar en su justo valor los juicios del mundo y el aura de la corte, y, en suma, se aprende el modo de haberse así en la próspera como en la adversa fortuna."

Pero la historia universal, que en sí es tan grave y útil disciplina, ó se eleva á un rango todavía más excelente, ó, por el contrario, desciende hasta la mayor perversidad y vileza imaginable, según que es iluminada por la sabiduría cristiana, única luz que descubre en ella los designios y el poder de Dios que rige los Imperios para la gloria de su nombre, castigando á las naciones rebeldes y exaltando en todas ellas la justicia, ó según que es comentada y aun fabricada por el racionalismo incrédulo con el solo intento de borrar en la vida humana los caracteres con que está escrito en todas las páginas de la Historia el nombre de Dios.

Explicada la Historia por la filosofía del siglo pasado y del presente, no parece sino que su fin es, primero, lanzar á Dios del gobierno del mundo, de suerte que todos los hechos de la Naturaleza y de la vida humana hayan sucedido y sucedan sin su intervención y concurso, y hacer creer que la Religión es á lo más un mero sentimiento del corazón, que varía según los tiempos y las personas, y que el Cristianismo en particular, aunque la más perfecta de las religiones, ó como dicen, la Religión absoluta, es la expresión de ese sentimiento, que ha tenido su época precisamente determinada, y que debe ceder su puesto á la Filosofía, en la cual llega el pensamiento humano á su última perfección y madurez; y segundo, hacer de la tierra en que vivimos la única morada del hombre, supuesto que la perfección y felicidad pertenecen á la Humanidad, á la especie,

que tiende á ella como á un ideal que nunca podrá, empero, realizar. De esta suerte los fautores de la filosofía del progreso, de una parte quitan á los hombres la fe en Dios y la esperanza del Cielo, y de otra le condenan á vivir en la tierra sin más amor que el de los bienes terrenos, y henchido el corazón de odio y desesperación.

Por el contrario, explicada la Historia por el genio del Cristianismo, ofrece ante los ojos de todo espíritu no prevenido por la pasión ni el sofisma, un sistema de hechos á través de los cuales se revela la presencia de Dios, que dirige é ilumina al entendimiento, que lleva á la Humanidad de la mano y la salva de los peligros, que exhorta, en fin, y juzga y castiga á las naciones y á los siglos, y que confirma la noble y cristiana confianza del ánimo en el cumplimiento de las divinas promesas¹.

Observa el ilustre autor de la *Filosofía de la Historia*, FEDERICO SCHLEGEL, que las fuentes generales del desarrollo histórico, conviene á saber, el poder de Dios, que salva á la Humanidad, el libre albedrío del hombre, y el imperio que ha sido dejado al mal principio, no pueden ser formulados aquí como axiomas ó leyes en forma de principios generales como en un sistema racional; ó en otros términos: que la filosofía de la Historia no puede ser separada como una teoría aparte de la Historia misma, ya que sus resultados deben surgir de ella. Pero aunque la filosofía de la Historia no separe sus principios de los hechos en que los contempla, en general estos mismos principios, y aun todos los dogmas de que proceden ó con que se enlazan los grandes sucesos históricos, iluminan la mente que los estudia. La luz de la Teología reverbera en la Historia é ilumina al mundo moral, así en las humildes regiones de la vida humana como en aquellas en que la autoridad social dirige el destino de las naciones. Por esta razón, despues de haber celebrado DONOSO CORTÉS á la Historia como á la ciencia más excelente y única digna de la majestad de los Príncipes,

¹ SCHLEGEL, lect. XV.

para que su pensamiento fuese cierto debiera de haber añadido: "Después de la Religión, que es la verdadera filosofía de la Historia."

IX

Yo no sé expresar, reduciendo á sus mínimos términos, la última conclusión de este breve y modesto ensayo, sino diciendo: 1.º, que el síntoma y señal más indubitable de la ley de la decadencia que sigue la Humanidad corrompida por la culpa original, es haberse presentado en el mundo moderno una filosofía que da el nombre de *progreso* á un proceso histórico-ideal que habría de conducirla á la nada, de donde salió; y 2.º, que en medio, y á pesar de tantos casos adversos y vicisitudes de la vida humana, en los cuales se echan de ver el influjo de las pasiones humanas y la intervención de un poder enemigo de Dios y del hombre, la divina Providencia obra visiblemente en el universo ejecutando sus designios misericordiosos, los cuales se echan de ver en la marcha progresiva de la Humanidad, ó sea de la porción de ella que forma la ciudad de Dios, en las sendas de la justicia y de la paz, por donde va creciendo gradualmente y perfeccionándose, guiada de la fe de Cristo, que guarda fielmente, con todos los tesoros de vida y santificación que su divino Fundador le ha dado, la Iglesia católica, á quien deben Europa y el mundo la civilización en que justamente se glorían.

El progreso moderno, según que expresa el espíritu de sus principales apóstoles, enemigos del Espíritu divino y sobrenatural del Cristianismo, el progreso anunciado al mundo en el pasado siglo por VOLTAIRE, ROUSSEAU, CONDORCET, HELVECIO y demás corifeos de la impiedad, y en tiempos posteriores por KANT, HERDER, HEGEL, KRAUSE y sus discípulos¹, y en general por todos los panteístas ó panenteístas y demás partidarios

¹ Sobre KRAUSE véase al Cardenal GONZÁLEZ en su luminoso escrito sobre *Filosofía de la Historia*, que es el primero de sus *Estudios religiosos*, etc.

de las teorías de la evolución; ese progreso, digo, es verdadero retroceso de una parte, supuesto que despoja á la Humanidad de los bienes del orden sobrenatural, y de otra la pone en caminos de perdición, que ella recorre ciega, esclava del orgullo y de la concupiscencia.

Entre esta Humanidad, cuya gloria, cuya cultura y suspirada dicha, vienen cantando los poetas enemigos de Cristo, y la Humanidad verdadera, vivificada y perfeccionada por la gracia, media un abismo; esta última tiene por ideal á Jesucristo pendiente de la cruz, en la cual fué crucificado el hombre viejo con todos sus vicios y concupiscencias, mientras que aquella otra, á la cual rinde homenaje el mundo neo-pagano, busca sus ideales en los antiguos dioses, en quienes se reflejaba esta Humanidad decaída, aunque adornada con las flores de la poesía gentilica. Hoy lamentan los poetas cantores del progreso, que esas flores se hubieran marchitado, y que los dioses, volviéndose á sus moradas, se llevaran consigo todo lo que hay de hermoso en la Naturaleza visible. "Ninguna divinidad—dice SCHILLER,—ven ya nuestros ojos ¹." "¿Qué ha de aprender el hombre—pregunta blasfemando GOETHE,—ni qué cosa puede ennoblecerle y elevarle en la figura de un hombre. Dios traspillado de hambre, transido de dolor y pendiente en la cruz, teniendo sus miembros dislocados ²." "¿Qué puede esperarse de un hombre á quien desde la juventud se le ha acostumbrado á ver y temer en los sentidos peligros para el alma, á echarse un velo ante los ojos para no mirar las cosas bellas y á violentar su naturaleza? ¿Qué debemos hacer? ¿Acaso pueden hacernos felices la gravedad tenebrosa y la triste abnegación? ¿No será bien que cada cual se pregunte á sí mismo: Por ventura he abierto yo los ojos únicamente para desesperarme? ¿No será mejor decir paladinamente: Tornemos, pues, de prisa á los antiguos dioses ³." (*Eilen wir den wiederum, denn alten Göttern zu.*)

¹ *Die Götter der Griechenlands.* (G. W. 1835, I, 108.)

² GOETHE (Ausc. 1827-1832), XLIV, 27, XXXIII, 172.

³ SCHILLER, *Die Götter der Griechenlands*, y GOETHE, *Die Braut von Korinthon*.

No es otro el progreso de que blasonan: todo su anhelo es enterrar de nuevo á Cristo y levantar templos á la diosa Razón, á la naturaleza corrompida del hombre, á los placeres de la carne servida por todos los refinamientos de la cultura emancipada de la ley de Dios, y convertida, contra lo que piden su índole y su destino, en enemiga mortal irreconciliable de la santa Cruz ¹.

Pero ¡ay dolor! que aun en el orden de los bienes sensibles aguarda á la Humanidad real y verdadera que va por la senda de esta libertad, la más espantosa miseria. Pocos, muy pocos, son los que gozan acá en la tierra de las delicias codiciadas del mundo neo-pagano, sobre todo si se comparan con las inmensas muchedumbres que se mueren de hambre. Las cuales quieren también gozar, y aun puede añadirse que éste es su único afán desde el momento en que la filosofía del progreso indefinido les ha arrebatado la creencia en Dios y la esperanza del Cielo. Ellos, á la verdad, como alumnos que son de esta escuela, se consideran también exentos de toda necesidad que les obligue á reprimir las tendencias de su naturaleza, divinizada por el panteísmo hasta en sus más torpes apetitos y pasiones—precisamente á esa exención de la ley del deber, es á lo que llaman *libertad*,— y no quieren aguardar á que se cumplan las promesas hechas á la Humanidad ideal para sentarse ellos al banquete de que otros gozan. A fe que les falta la razón, pero la lógica la tienen de su parte.

"En el fondo de la naturaleza humana—decía OZANAM,—hay un paganismo imperioso que en todos los siglos se despierta, volviendo siempre á las filosofías paganas, á las leyes

¹ Son curiosos estos versos, digna expresión del moderno paganismo, que cita el ilustre P. BAUMGARTNER en su *Götter's Lehr- und Wanderjahre*, 211:

L'heureuse liberté
A nos banquets preside,
L'aimable volupté
A se côtés reside,
Et la simple nature
Unit dans un Maçon
Le riant Epicure
Et le divin Platon.

paganas, á las artes paganas, porque en ellas ve realizados sus ensueños y satisfechas sus pasiones ¹. Excusado es decir que esa especie de paganismo innato de nuestro ser no se despierta jamás sin sustraer al hombre al dominio de Dios, es decir, sin declarar al hombre independiente, fin de sí mismo, ó mejor dicho, esclavo de las pasiones y del vicio. Ahora bien, todos los hechos en que la filosofía anticristiana ve entusiasmada otros tantos pasos decisivos de la Humanidad por las vías del progreso, no son en realidad sino puro retroceso al antiguo paganismo, cínica expresión del espíritu de licencia y orgullo de que estaba henchido el mundo pagano.

Comprobemos esta observación con dos hechos solamente: la reforma protestante y la revolución francesa.

¿Qué fué el protestantismo? Fué el grito de un apóstata que con su doctrina y con su ejemplo emancipó á sus secuaces de la autoridad de la Iglesia y los declaró libres moralmente para hacerse esclavos del pecado. No es, por tanto, maravilla que el progreso se manifestara entonces en desposorios sacrílegos, en bigamias y poligamias de Príncipes, en expoliaciones también sacrílegas, en la guerra de los paisanos contra los señores, en odio á la santidad de la vida cristiana y en la restauración del cesarismo.

Otro ejemplo es la revolución francesa. Allí se vió á una nación entera renegar, por medio de sus representantes, de la fe en Dios vivo y verdadero, y dar culto á la humana razón, simbolizada en una mujer sin pudor. El paganismo salió entonces de entre el fango y la sangre, mostrando en sus manos ensangrentadas el Código de los derechos del hombre, fundados en la pobre naturaleza humana emancipada de Dios y entregada á merced de sus más feroces y brutales instintos.

¿Quiere ver el lector representada fielmente la forma de civilización y de progreso creada por los autores de dicho Código? Véala delineada magistralmente por un autor contemporáneo. Repitiendo el dicho de SÓCRATES, que "quien no se co-

¹ *De la civilis, au V^e siècle, Avant-propos.*

noce á sí mismo no sabe lo que hace", el autor á que me refiero añade las siguientes líneas: "Nosotros no nos conocemos; semejantes á los insectos que construyen por sí mismos la casa en que luego se encierran, nosotros estamos levantando el edificio de una sociedad próxima sin saber qué figura va á resultar de la obra. Ya, sin embargo, se dibujan bien sus líneas principales: el afán universal por el bienestar sensible, como si la tierra fuese la morada definitiva del hombre; la tendencia general á una unidad despótica, en que los grandes Estados se traguen á los pequeños, pereciendo juntamente con ellos la verdadera libertad; el reconocimiento de los hechos consumados cuando tienen un éxito feliz ¹; la literatura y las artes empleadas en reproducir la innoble realidad, objetos inanimados, con exclusión de lo ideal y de las concepciones del pensamiento, y tantos otros rasgos característicos, por ejemplo, el *fatalismo convertido en ley moral*, la contemplación estéril del espectáculo de la tierra, á que llamamos *sentimiento de la Naturaleza*, y la *aspiración á un porvenir quimérico*, á que llamamos PROGRESO; la duda, en fin, la duda general, las opiniones todas admitidas con igual tolerancia, no por espíritu de justicia ó de caridad, sino por desfallecimiento del amor de la verdad, especie de falsa imparcialidad que no es otra cosa sino la parálisis de la razón ²."

¿Parará, por ventura, aquí el progreso moderno? No, ciertamente. BABOEUF, otro profeta de esta ley, anunció antes de morir que la revolución francesa era precursora de otra revolución mayor, más solemne, y que ésta será la última ³.

Pero el signo más cierto y al mismo tiempo el grado más bajo á que puede llegar y de hecho ha llegado en nuestros días

¹ Este rasgo del progreso moderno ó negativo, reprobado en el *Syllabus*, pareceme verlo en la proposición siguiente: "Peligro hay en decirlo, porque es verdad ésta que se presta á abusos tremendos; pero cuando la victoria causa estado, bien cabe afirmar que no es en su esencia injusta. (CÁNOVAS DEL CASTILLO, *Problemas contemporáneos*, discurso pronunciado el 26 de Noviembre de 1870.)—La proposición del SYLLABUS á que me refiero es la LXI, que dice así: *Fortunata facti injustitia nullum juris sanctitati detrimentum affert.*

² EUGENIO LOUDUN, *Les deux paganismes, Introduction.*

³ *Appel au peuple française, 1797.*

la ciudad terrena, enemiga de Dios y del hombre, es el pesimismo de HARTMANN y de SCHOPENHAUER, su maestro. No es ciertamente la vida presente nuestro supremo fin, sino antes es camino que llega á este fin después, sobre todo, que ha sido hollado por los sagrados pies del divino Salvador; pero es crimen que clama al Cielo aborrecerla y menospreciarla, buscando en el suicidio y en la nada el sumo bien del hombre y de la especie humana.

Esta señal, empero, de los tiempos que corren, y en general todo el lúgubre cuadro de la civilización y del progreso moderno, hacen que resalte más y más ante los ojos la verdadera doctrina y aun el hecho real del progreso de la Humanidad bajo el gobierno de la divina Providencia. Si, como creemos, la filosofía pesimista es en el orden de los conceptos el último grado en la línea descendente del progreso negativo, bien puede también creerse que en sentido contrario cierta manera de optimismo cristiano debe animar á los hombres de buena voluntad á cooperar activamente en la obra del progreso verdadero.

Permítame el lector algunas reflexiones acerca de esta tesis.

X

Recuerde el lector lo que ya hemos visto en los textos y doctrinas de los grandes maestros y doctores acerca de la Providencia divina, que todas las cosas las ordena al bien de la criatura, hasta el mal mismo, hasta el progreso negativo que ha habido y habrá siempre en el mundo; considere á la Iglesia católica como á sociedad plenamente expansiva, instituida por su divino Fundador y adornada con todo linaje de gracias y auxilios para dilatar su acción y su influencia, como realmente la ha dilatado en la sucesión de los tiempos; note el progreso de este influjo en la vida entera del linaje humano, en los sentimientos, en las costumbres, en las letras, en las ciencias, en las artes, en la familia, en la sociedad, en las instituciones

todas, y echará claramente de ver, sin necesidad de nuevos textos ni razones, que aunque la Historia registra épocas harto tristes, en que la civilización verdadera, es decir, cristiana, parece eclipsada, todavía, aun durante el eclipse, ha crecido el bien en el mundo, comparado con el estado que tenía en el tiempo en que comenzó á ser predicado el Evangelio, y que después del eclipse el progreso ha seguido su movimiento ascendente.

La Historia confirma en este punto la verdad de la doctrina. "La filosofía de la Historia, dice SCHLEGEL ¹, puede y debe tomar como base y fundamento de todo el desarrollo histórico el principio sobrenatural, esto es, la creación del hombre á imagen y semejanza de Dios, y mirar, por consiguiente, la reparación de esta imagen como fin y compendio de toda la Historia... Por esto, según el principio de la revelación cristiana, serán perfeccionadas de día en día, no sólo las ciencias y la sociedad, sino también el hombre en todas sus relaciones."

Es muy digno de ser notado que aunque la civilización cristiana y la Iglesia que la ha creado y siempre la dirige ², tienen contra sí muchos enemigos y muy astutos; aunque todos ellos vienen dando el asalto general contra la ciudad de Dios, combatiéndola en todo lo que pertenece á su gloria, en el orden científico, en el social, en el político y en el religioso, también es cierto que las fuerzas del enemigo, como la astucia del espíritu mismo de las tinieblas ³, están ya como

¹ Citado por el ilustre profesor del Colegio Urbano, LUIS GALIMBERTI, en su excelente *Introductio philosophica ad Historiam universam*. Roma, 1877.

² No tengo por correcta ni mucho menos, la proposición en que el Sr. CÁNOVAS DEL CASTILLO atribuye alternativamente á naciones y razas "el altísimo empleo de *iniciadoras* y *directoras* de la civilización". (Discurso arriba citado.) No, el impulso primero y la verdadera norma de la civilización son de Dios, Criador y Rector supremo del mundo en general y del hombre en particular; las naciones y las razas pueden concurrir en la acción civilizadora por modo instrumental, mas no como causa eficiente ni dando la forma intrínseca de la civilización, que es el orden moral, cuyo magisterio infalible pertenece á la Iglesia, que es la verdadera iniciadora y directora de la civilización verdadera.

³ "Lo spirito dello tenebre, dice graciosamente el Conde SOLARO DELLA MARGHERITA en su hermosa obra *L'uomo di Stato* (vol. I, cap. IX), ha esaurito la sua malizia da gran tempo."